

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

“La desnaturalización de las FARC: De la violencia política a la criminalidad organizada”.

Mg. Patricia Kreibohm¹

Introducción.

Como sostiene Víctor Massuh, la violencia política es vieja como el mundo y ha sido la atmósfera en la que - invariablemente - ha transcurrido la historia de los hombres. Básicamente - dice el autor - la violencia política supone el avasallamiento de la voluntad del otro, la invasión de su mundo, de sus pautas, de sus intereses y de sus valores.

Indudablemente, es esta categoría de análisis la que puede permitirnos examinar algunos conflictos contemporáneos que - iniciados durante la Guerra Fría - se manifiestan en la actualidad como procesos que han experimentados giros decisivos; giros que exceden el marco del contexto histórico y de sus capacidades y que han distorsionado su configuración esencial, su esencia y su naturaleza.

En efecto, la finalización del sistema bipolar ha provocado, a nivel sistémico y regional, una serie de cambios y de transformaciones que parece importante evaluar. En este sentido, la complejidad de la realidad actual hace necesario un replanteo de ciertos elementos que siguen incidiendo en las relaciones internacionales pero que ya no parecen responder a los parámetros analíticos anteriores.

Este parece ser el caso de las FARC. Una organización guerrillera que, surgida en los años 60, se insertó en el conflicto colombiano como un actor de peso, con claros objetivos políticos y militares. Durante estos 43 años, la organización ha recorrido un itinerario complejo y, de acuerdo al análisis de algunos especialistas, se encuentra en un punto de no-retorno que probablemente termine conduciéndola a la extinción.

¿Qué son hoy las FARC? ¿Cuáles son sus objetivos y sus capacidades? ¿Qué elementos han conservado desde su fundación y cuáles se han transformado? Estos interrogantes nos han conducido a intentar examinar su evolución a lo largo de estas cuatro décadas y a tratar de establecer cuál sería - en la actualidad - su verdadera esencia.

La hipótesis principal de esta ponencia es que, en la actualidad, las FARC han dejado de ser una organización guerrillera. Han perdido de vista sus objetivos y sus ideales primigenios para convertirse en una organización criminal que se ha corrompido, específicamente, por sus vínculos con el narcotráfico. En otras palabras, lo que se afirma es que las FARC se han desnaturalizado y esta desnaturalización les ha generado una crisis que, probablemente, sea terminal.

A fin de desarrollar estas ideas, se ha enmarcado el problema dentro de la perspectiva de la violencia política y se han examinado dos de sus manifestaciones más importantes: la estrategia de guerrillas y el terrorismo. En segundo lugar, se ha ubicado a las FARC dentro del amplio espectro del conflicto colombiano para explicar sus orígenes y su evolución hasta la actualidad. Finalmente, y a partir de las contribuciones de Michel Wieviorka, se ha evaluado su configuración.

I. Conceptos y categorías de análisis.

a) Violencia:

Como primera aproximación al término, podríamos tomar en consideración la interpretación del diccionario de la Real Academia Española, para quien la violencia puede ser definida como la acción y el

¹ Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino Universidad Nacional de Tucumán

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

efecto de violentar o violentarse. *Supone el empleo de la fuerza contra cosas o personas a fin de vencer su resistencia.* (Real Academia Española, 2001: 2304)

Desde la Ciencia Política, Yves Michaud, sostiene que la violencia puede ser entendida como *un atiente por la fuerza a la integridad física, intelectual o moral de una persona o de un conjunto de personas.* (Michaud, Yves. 1978: 74)

Indudablemente definir a la violencia, no es tarea fácil. En principio, habría que reconocer que nos encontramos ante un objeto sumamente complejo y diverso; un objeto que no puede ser analizado de manera simple y lineal. En efecto, el término violencia se aplica a una enorme cantidad de fenómenos, califica toda suerte de acontecimientos y conductas - tanto individuales como colectivas - y su espectro de aplicación puede extenderse casi hasta el infinito, sobre todo si incluimos las nociones de violencia moral y violencia simbólica, analizada por Pierre Bourdieu. De hecho - sostienen los especialistas - el estudio de la violencia es una tarea sumamente ardua pues, tanto sus condiciones como sus aplicaciones, contienen *un halo de misterio* que no puede ser descrito por las explicaciones disponibles, al menos de la forma en que se nos proporcionaron durante los años 70 y 80. De hecho, si bien los razonamientos clásicos pueden ser útiles, resultan insuficientes para arribar a un enfoque original que le otorgue un lugar central a la subjetividad de los actores y a los procesos en los cuales se configuran sus manifestaciones. Es por ello que su análisis exige la elaboración de un nuevo paradigma.

De acuerdo a las afirmaciones de Michel Wieviorka, a pesar de las promesas de la Modernidad, en la actualidad, no existe ninguna razón particular para pensar que la violencia va a retroceder de los escenarios de la vida social e internacional. (Wieviorka, Michel, 2005: 49) Por el contrario, su presencia y su expansión parecen ser una constante de nuestro tiempo; una constante cuya causa puede encontrarse en un hecho tan sencillo como incontratable: la violencia no es más que un instrumento movilizado por los actores; es un recurso, un medio para arribar a un fin y una herramienta empleada por identidades y religiones para expresar sus demandas o sus aspiraciones.

b) Violencia Política:

Ahora bien, dentro del vasto universo de la violencia, la violencia política constituye uno de sus ejes rectores y, por lo tanto, es importante señalar que su definición siempre resulta, no sólo complicada, sino también polémica. En principio porque - como sostiene Ted Gurr - toda definición de violencia política es científicamente problemática ya que implica, de hecho, la adhesión a determinadas estructuras ideológicas. (Bobbio, Norberto y otros, 1982: 1627-1634). Efectivamente, el recurso a la violencia por objetivos políticos, está siempre condicionado por la importancia de las justificaciones éticas o utilitarias que de ellas puedan darse. Esta constatación que, indudablemente, limita las posibilidades de análisis, nos ha estimulado a examinar diversas miradas; miradas que provengan de distintos enfoques disciplinares.

Desde la perspectiva de Víctor Massuh, la violencia política implica la posesión y el empleo de ciertos instrumentos intimidatorios cuya función primordial es paralizar al adversario, destruir su capacidad de resistencia y lograr imponerle nuestra voluntad. De ninguna manera puede ser considerada un efecto accidental; por el contrario - hoy como ayer - es la expresión de una actividad histórica; una actividad buscada, querida y exaltada por el hombre que - a lo largo de los siglos - ha tratado de legitimarse como el instrumento más eficaz de la praxis política, como el medio ineludible del cambio social y como el recurso idóneo para suprimir la alienación humana. Es más, dice Massuh, muchos filósofos políticos - desde Nietzsche y Marx hasta Sorel y Fanon - han puesto de relieve el crecimiento de los *"prestigios de la violencia"* como *"el instrumento de la redención histórica"*. De hecho, la evolución de la Historia Humana es el camino que muestra el itinerario de la violencia política desde su carácter relativo e instrumental, a su forma absoluta; de su valor como mal menor, a su condición de máximo bien; de su carácter de reprochable transgresión de la ley, a su investidura de ley suprema de la realidad; de su fisonomía precaria y caprichosa, a su condición de imperativo de la razón histórica. En síntesis - dice Massuh - la violencia política ha impreso su fisonomía en los hechos más importantes de nuestro tiempo: en la actividad de la vida pública y social, en las relaciones entre los hombres y los Estados y en muchas otras facetas de nuestra vida. (Massuh, Víctor, Buenos Aires: 7- 80)

Desde el punto de vista de Fernando Savater, la violencia política ha sido socializada, administrada y sacralizada. Posee su propio orden y modela sus cauces, sus rituales y sus exorcismos. (Savater, Fernando

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

(1982) "La violencia política: represión, reformismo, revolución" en (Reinares Nestares, Fernando y Giner, Salvador). *Terrorismo y sociedad democrática*, Madrid, Akal, 27-36). Representa el reconocimiento de una *alteridad inasimilable* fundada en identidades contrapuestas que consolidan la diferencia. Todo un discurso la acompaña y la sostiene; discurso que ha sido particularmente importante para legitimar el poder del Estado. En efecto, tradicionalmente ha sido el Estado quien ha buscado maximizarla a través de la amenaza; una amenaza siempre latente que procura no tener que materializarse. En otras palabras - dice el autor - el Estado ha procurado siempre usar a la violencia como un factor de disuasión constante; como una *posibilidad provisionalmente aplazada* que se distingue como uno de los rasgos más sustanciales de la política.

Desde la perspectiva de la Psicología Social, Julio Seoane sostiene que la violencia política es - básicamente - una actividad de grupos sociales y/o institucionales dirigida hacia metas y objetivos políticos de transformación o adaptación. En otras palabras, representa una vía a través de la cual ciertas organizaciones buscan obtener determinados resultados de orden político. Su implementación obedece a que - por diversas razones - dichos resultados no pudieron ser alcanzados por métodos pacíficos, lo cual los indujo a emplear la violencia para lograrlo.

Desde una visión politológica, Philippe Braud, considera que el análisis de la violencia política es especialmente significativo en las democracias, y para abordarlo, recurre a dos categorías específicas: la *Violencia Instrumental* y la *Violencia Colérica*. Esta última, se funda en una intensa frustración interior y está ligada a una explosión de resentimientos activos. Es casi una liberación volcánica - dice el autor - que elude, generalmente, el análisis costo-beneficio, lo cual le confiere una apariencia casi irracional. La violencia colérica es la manifestación de una *irritación intolerable* que puede volverse ciega y desviarse de los elementos específicos que la motivan. Su transformación en *violencia política* se opera cuando las frustraciones sociales, culturales o económicas, materializan la ira de los actores sociales contra el Estado. La violencia instrumental - en cambio - se ejerce teóricamente sin pasión; posee una función eminentemente práctica y se emplea con el fin de alcanzar objetivos pre-determinados. (Braud, Philippe, 1993:146) Responde a planes y concepciones elaboradas y se implementa a partir de una cuidadosa evaluación; sus protagonistas intentan aprovechar todas las ventajas y usan las garantías y los derechos del sistema democrático en su beneficio.

Finalmente - desde la Sociología - la mayoría de los autores considera que el abordaje de este tema debería iniciarse a través de los estudios de *acción política*, es decir del análisis de todas aquellas actividades sociales e institucionales que intentan implementar transformaciones específicas a fin de alcanzar objetivos de carácter político. Cuando estas actividades optan - deliberadamente - por emplear metodologías violentas, surge el fenómeno de la violencia política.

c) Criminalidad organizada.

Según el Dr. Rafael Moreno:

"La criminalidad organizada es aquella actividad practicada por organizaciones que buscan lucrar económicamente a partir del desarrollo de operaciones ilícitas tales como el robo, el asesinato, la compra-venta y el tráfico de sustancias, personas, bienes y servicios ilegales."

(Conferencia del Dr. Rafael Moreno. Curso de Defensa y Seguridad. Escuela de Verano. Universidad Complutense de Madrid. Julio-Agosto de 2003)

En los últimos tiempos, la delincuencia organizada ha evolucionado sustancialmente. En efecto, desde hace un par de décadas, las organizaciones se han flexibilizado, se han profesionalizado y han adquirido mucha más experiencia y eficacia. Anteriormente, la estructura de sus grupos era fuertemente piramidal y cada miembro cumplía funciones muy definidas. En la actualidad, se han producido una serie de cambios que obedecen a los *caracteres del mercado* y a las capacidades técnicas y logísticas de cada organización. La estructura de los grupos está adaptada a las condiciones de operatividad de cada uno de ellos; a sus recursos, a sus objetivos y a sus respectivos contextos. En la mayoría de los casos se han tornado más complejas y han alcanzado altos grados de especialización. Por otra parte, las redes de

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

cooperación inter-organizativas se han potenciado y trabajan mancomunadamente para alcanzar sus metas. Finalmente, y de acuerdo a la experiencia acumulada por cada sector en las distintas regiones del planeta, dichas organizaciones han fortalecido sus lazos con los representantes de diversos sistemas políticos; dichos vínculos son sumamente funcionales y pueden contribuir sustancialmente a mejorar sus capacidades y - sobre todo - a disminuir sus riesgos. De acuerdo a las afirmaciones del Dr. Rafael Moreno, en los últimos tiempos, los nexos más importantes se han producido con los grandes cartels de narcotraficantes, con las mafias nacionales y con aquellos que controlan el mercado negro de armas.

II. La guerra de guerrillas y terrorismo: dos manifestaciones específicas de la violencia política.

La guerra de guerrillas y el terrorismo son dos manifestaciones específicas de la violencia política. Se materializan en pos de un conjunto de objetivos, se diseñan y se aplican de acuerdo a un plan o a una estrategia y están inspiradas por una ideología o un cuerpo de ideas y creencias sumamente significativas para sus actores.

Con frecuencia, ambas actividades se han confundido e incluso, se han identificado como si fueran la misma cosa. Esta equiparación es absolutamente equívoca y ha desvirtuado el significado específico de cada una de estas estrategias, incrementando el desconcierto y dificultando los progresos teóricos. En otras palabras, buena parte de la literatura especializada, ha empleado inadecuadamente estos términos, contribuyendo a generar un cúmulo de trastornos conceptuales, hermenéuticos e incluso, metodológicos. Dichas equivocaciones se deben - en gran medida - a tres cuestiones fundamentales: las dificultades que existen para definir, tipificar y caracterizar a ambos fenómenos; las posturas ideológicas de los autores - las cuales han conspirado para adoptar criterios analíticos de tipo científico y, finalmente, el rechazo de los terroristas a aceptar dicha denominación; un rechazo que los ha motivado a sustituirlo por otros términos que consideran más aceptables; uno de los más empleados ha sido el de guerrillero.

Como ya se ha señalado, la violencia política configura una categoría amplia y compleja y dentro ella, se insertan categorías sumamente heterogéneas. Indudablemente, en todas sus expresiones (entre ellas las guerrillas y el terrorismo) existen ciertos elementos comunes y - muchas veces - sus manifestaciones se han materializado en los mismos contextos históricos. Sin embargo - y desde nuestra perspectiva - es fundamental establecer, de manera pertinente y adecuada, las diferencias de sus rasgos específicos y determinar sus caracteres particulares pues sólo así, podrán corregirse las equivocaciones que se han producido en el plano teórico y que - con frecuencia - han estimulado el despliegue de respuestas inadecuadas, ilegítimas e incluso, contraproducentes. Como sostiene Walter Laqueur:

“Es un error muy grave considerar que el terrorismo es una subespecie de la guerra de guerrillas... Es fundamental dejar muy claro que la diferencia entre la guerrilla y el terrorismo, no es una cuestión semántica, sino de calidad.”

(Laqueur, Walter, 1980: 25)

II. 1. La guerra de guerrillas: teoría y práctica. Mao Tse Tung y la gestación de la estrategia de revolucionaria.

La actividad guerrillera es casi tan antigua como el mundo y - normalmente - se desarrolló para intentar *acortar la distancia de poder* que un actor (débil) tenía frente a un enemigo (fuerte). Si bien no era designada de esta manera, el registro de sus primeras prácticas puede remontarse a la antigüedad. En efecto, ya Tsun-Tsu (siglo VI a. C.) sostenía que lo fundamental para un grupo en combate que no contaba con los recursos suficientes, era inmovilizar al enemigo sin tener que librar la batalla.

Mucho más adelante - en la época contemporánea - el término guerrilla fue acuñado por los españoles y se empleó para identificar a las acciones armadas implementadas por los grupos de la resistencia nacional durante la invasión napoleónica a su territorio. Sin embargo, la estrategia de guerrillas se popularizó

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

durante el Siglo XX. Elaborada sobre la base de distintas doctrinas anteriores, se implementó como una forma de combate no convencional que - en la mayoría de los casos - tenía un propósito revolucionario; es decir, permitía a las organizaciones y movimientos subversivos o disidentes, alcanzar el poder. (*Tsun-Tsu: 1994*). Desde entonces, esta estrategia constituye un modelo bastante original de enfrentamiento armado, dirigido contra un sistema político constituido; un modelo fundado en un instrumento clave, destinado a morigerar las diferencias de potencial entre los revolucionarios y los detentadores del poder: el apoyo de la población. Como sostenía Mao, el guerrillero era el pez y el pueblo, el mar; si el mar le era propicio, el guerrillero sobreviviría, pero si el contexto le era hostil, acabaría por ahogarse. Básicamente - y desde el punto de vista funcional - su eje vertebral se funda en la captación de las masas; una captación que asegurará su colaboración, su adhesión o su obediencia para alcanzar las metas políticas propuestas por sus líderes. Dicha captación deberá realizarse a través de la persuasión, de la intimidación y - si fuera necesario - mediante el terror.

“La misión del guerrillero consiste en conservar el apoyo popular necesario para controlar la situación pues así será la población la que, decepcionada del gobierno, retenga información, hostigue y desmoralice a los soldados del ejército y a los agentes del gobierno”.

(Clutterbuck, Richard, 1981: 30-34)

El “creador” de esta guerra de guerrillas fue Mao Tse Tung quien, en medio de la creciente conflictividad de China en las primeras décadas del siglo XX, la concibió como un instrumento idóneo para imponer el socialismo en su país. En su obra *Del conflicto prolongado* desarrolló teóricamente sus caracteres y estableció sus parámetros estratégicos, tácticos y operativos. En su estructura, la campaña revolucionaria fue dividida en tres etapas de desarrollo. La *fase organizativa* - o primera etapa - estaba destinada a organizar las fuerzas guerrilleras en las aldeas y a establecer una estructura de cuadros para consolidar el apoyo popular. Aquí las brigadas de agitación y propaganda recorrían los pueblos adoctrinando a los campesinos y convocándolos a formar parte de la lucha. Paralelamente ejercían un terror selectivo contra los funcionarios gubernamentales, los delatores y los que se manifestaban contrarios al movimiento. En la *fase de la guerra de guerrillas* - o segunda etapa - los asesinatos selectivos continuaban y se complementaban con ataques a puestos militares aislados, emboscadas y *acciones ejemplificadoras*. El control revolucionario se extendía territorialmente hasta lograr que determinadas regiones quedaran fuera del control del gobierno; era la creación de *zonas liberadas*. Los cuadros guerrilleros crecían como batallones y divisiones que se preparaban para entrar a la tercera fase. Esta etapa - identificada ya como una *guerra de movimientos* - consistía en una confrontación al estilo convencional en la que los ejércitos revolucionarios se enfrentaban a las fuerzas gubernamentales haciéndolas retroceder hasta las principales ciudades las cuales, cercadas por un campo hostil, caerían “como frutas maduras”. (Clutterbuck, Richard, 1981: 44-45)

Para Mao, esta guerra revolucionaria era - simultáneamente - destructiva y constructiva y en su interior, el terror era sólo una de las armas útiles para cimentar su fortaleza. De hecho, el terror desempeñaba aquí una función absolutamente subsidiaria y controlada.

“La misión del guerrillero consiste en conservar el apoyo popular necesario para controlar la situación; será la población la que, decepcionada del gobierno, retenga información, hostigue y desmoralice a los soldados del ejército y a los agentes del gobierno”.

(Chatelet, François y Mairet, Gérard, 1989: 583)

Implementada como una vía adecuada y eficaz para arribar a los objetivos propuestos, fue pensada y organizada en virtud de principios ideológicos - correspondientes al pensamiento marxista y al socialismo maoísta - y de metas políticas específicas. Efectivamente, Mao Tse Tung creó una doctrina de combate coherente en la que se integraban tácticas militares y políticas; sus destinatarios eran aquellos grupos revolucionarios que aspiraban a tomar el poder pero que carecían de los medios y las capacidades para lograrlo por la vía convencional. Para ello, la

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

concepción Maoísta se desvió de la estrategia militar convencional, y se fijó en el estímulo político de los guerrilleros a fin de que pudieran hacer frente a los primeros reveses militares y mantuvieran su determinación de llevar a cabo largas campañas que acabasen desgastando a la oposición. Estas ideas constituyeron el fermento sobre el que se edificó el concepto de “*guerra del pueblo*” y sirvió para aliviar tanto las carencias de armas y recursos, como las sensaciones de inferioridad que experimentaban los grupos revolucionarios frente a la superioridad objetiva de las fuerzas gubernamentales. De hecho, la guerrilla Maoísta reformuló la relación entre la acción militar de los gobernantes y los revolucionarios, lo cual dio una nueva dimensión al conflicto.

Este tema ha sido minuciosamente analizado por André Glucksmann, quien sostiene que las fuerzas de esta estrategia son el espacio, el tiempo y la mimesis; pero sobre todo, la evanescencia. En efecto, la clave de esta “*guerra popular, vaporosa y fluida*”, está en evitar su condensación en un cuerpo sólido, pues si esto sucediera, el enemigo encontraría el núcleo y lo destruiría. La guerra de guerrillas ha de ser tan dispersa y sorpresiva como contundente. Sin frentes definidos, deberá actuar en todas partes y en ninguna. Es por ello que su recurso fundamental reside en la descentralización de sus fuerzas y en el proceso de aglutinamiento político que va realizando paralelamente sobre la población: liberación de zonas, construcción de bases, distribución de propaganda, instauración de reformas políticas y sociales que fomenten la adhesión.

Indudablemente, Mao fue el fundador de una teoría sistemática de la guerra revolucionaria, la cual fue aplicada en distintas ocasiones por otros revolucionarios como el general Vo Nguyen Giap en Vietnam y el Ché Guevara en América Latina.

Para concluir con este tema, analicemos ahora la perspectiva interpretativa de dos especialistas.

Desde la óptica de Rafael Calduch, tanto la estrategia de la guerra de guerrillas, como la guerra revolucionaria y la guerra de baja intensidad o insurgencia, pueden ser consideradas dentro de la categoría de *guerra subversiva* la cual es definida como:

*“Aquella forma de guerra internacional o civil en que una de las partes beligerantes es un grupo social (no estatal) organizado cuya finalidad es la modificación del sistema político y, eventualmente, el cambio de las estructuras económicas y sociales del país. La guerra subversiva comprende a las denominadas guerra popular, guerra de guerrillas, guerra revolucionaria, guerra de liberación, de baja intensidad o de insurgencia”.*²

(Calduch Cervera, Rafael, 1993: 283-370)

De acuerdo a su definición, los rasgos típicos de esta forma de enfrentamiento armado, son tres: a) Constituye una categoría particular de guerra civil. b) Presenta una importante desigualdad en el status jurídico y político de sus beligerantes. c) Su objetivo principal es alcanzar el cambio - radical y violento - del sistema político imperante en un determinado país.

Desde el punto de vista del francés, George Bonnet, esta *guerra revolucionaria o subversiva*, puede representarse a través de la siguiente ecuación:

GR (guerra revolucionaria) = G (táctica de guerrillas) + P (actividad política).

En palabras del autor: el objetivo general de una guerra revolucionaria no es la victoria en el combate sino la obtención del apoyo popular masivo ya que - los objetivos militares - sólo tienen sentido si contribuyen a garantizar el cambio político total. (Wardlaw, Grant, 1986: 100)

II. 2. El Terrorismo

Como se sabe, existen arduas polémicas en torno a la identificación, la definición y la categorización del terrorismo. Una situación que ha frenado el progreso de las investigaciones y ha generado un vacío teórico que ha influido directamente sobre la praxis, limitando o impidiendo el hallazgo de respuestas efectivas para enfrentarlo. En efecto, no existen - hasta la fecha - teorías generales que puedan explicar el fenómeno y tampoco se han registrado progresos sustanciales en el nivel metodológico. Por otra parte -

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

y en la mayoría de los casos - las diferencias ideológicas y/o políticas de los autores, han prevalecido por sobre las precisiones científicas, restando valor y objetividad a los resultados obtenidos. En principio, es necesario establecer que las acciones terroristas poseen conexiones específicas con el contexto social, político e histórico en el que se producen; responden a distintas motivaciones y objetivos de la organización que las implementa, se materializan a través de diversos medios y pueden darse en el ámbito intra-estatal o internacional. No obstante - y a pesar de estas diferencias - todas ellas pertenecen a una misma categoría y comparten un carácter esencial que determina su naturaleza: las acciones terroristas pueden ser catalogadas como una estrategia de violencia política. En efecto, el terrorismo es una estrategia, es decir: una *línea de acción constante* según la cual, sus actores - Estados, grupos, movimientos o facciones - despliegan el terror de acuerdo a cierta estructura orgánica y en función de un determinado tipo de teoría o ideología que la sustenta. En este sentido, muchos especialistas afirman que la esencia del terrorismo se define en función de dos factores: el primero se refiere al hecho de que sus usuarios estén profundamente convencidos de la utilidad o la necesidad del empleo del terror. En otras palabras, se trata de un medio ordenado a un fin. Esto supone que el terrorismo sólo se materializa a través de una *sucesión de actos de violencia y de amenazas de violencia*, encadenados y relacionados entre sí. Mediante este encadenamiento, el terror psíquico se combina con la violencia física, buscando su legitimación a través de una meta política. (Quester, George H. "La eliminación de la oportunidad terrorista". En: Rapoport, David C. *La moral del terrorismo*. Ariel, Barcelona, 1985: 145) En segundo lugar, el terrorismo posee un carácter esencialmente simbólico; como afirma Salustiano del Campo:

"El terrorismo va dirigido contra la gente que mira, no contra las víctimas; su función es claramente comunicativa. El terrorismo es teatro"

(Del Campo, Salustiano. "Terrorismo y sociedad democrática". En: Instituto de Cuestiones Internacionales: 347-359)

Efectivamente, los mayores éxitos del terrorismo son de orden psicológico y las acciones materiales sólo tienen sentido en función del impacto que generan y de su capacidad para levantar la moral o el prestigio de sus actores destruyendo, simultáneamente, los de sus adversarios. Indudablemente - y como afirma la mayoría de los especialistas - la publicidad es la médula del acto terrorista y el verdadero riesgo que corren sus autores es la indiferencia, el desinterés, la falta de publicidad y la pérdida de su imagen de "luchadores por la libertad" o de "salvadores de una clase", de un credo o de una sociedad. Para evitarlo, intentan generalizar la angustia y el terror, atacando objetivos de alto valor simbólico, pues - como ya lo proclamaban los anarquistas del siglo XIX - el terrorismo es: propaganda por la acción.

En cuanto a sus acciones, la lógica del terrorismo es sencilla, configura un proceso y puede representarse a través de un diagrama que la define como una relación de comunicación. Este diagrama es un triángulo: 1) *el terrorista es el sujeto* 2) *el gobierno o el sistema al que se ataca es el objeto* y 3) *la víctima es el intermediario*. Dentro de este esquema, las acciones deben interpretarse como mensajes, advertencias, castigos o imposiciones que el *sujeto* descarga contra su *enemigo* siempre a través del *intermediario*. Cuando todos los componentes de esta relación se materializan en un acto de violencia extrema - autores, autoridades, víctimas y acto de comunicación - se ha concretado la lógica terrorista. Una lógica en la que las víctimas sólo son instrumentos a través de los cuales los terroristas procuran obtener sus objetivos. Efectivamente, dice Corsi, esta lógica es *un juego desesperado*, en la que las víctimas son monedas de cambio entre los demandantes y los demandados. (Ebile Nsefum, Joaquín, 1985: 56)

Ahora bien, es importante destacar que esta lógica terrorista es el basamento sobre el cual se articula la dinámica de sus acciones; una dinámica fundada en la elusión del enfrentamiento armado y en la tercerización de la agresión violenta. De hecho, el terrorismo necesita evitar el combate, sustituyéndolo por un ataque sorpresivo contra un punto vulnerable. Así, los terroristas potencian los efectos del terror a través de dos elementos: la *ilusión de ubicuidad*, según la cual sus ataques pueden desencadenarse en cualquier parte y la *latencia de la amenaza*, que actúa en el nivel temporal, prolongando, indefinidamente, la sensación de peligro e indefensión.

Normalmente sus actores recurren a la violencia a fin de obtener determinados objetivos en el plano político local, nacional o global. En general, estos objetivos están asociados a una serie de

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

transformaciones importantes en el statu-quo. Desde esta perspectiva, el terrorismo es una vía mediante la cual, los militantes de una organización - o del Estado en el caso del terrorismo de Estado - buscan debilitar, neutralizar o eliminar el poder de sus adversarios y, simultáneamente, incrementar el propio.

¿Cuáles son los objetivos concretos de esta dinámica? a) El más importante es propagar el terror, la confusión y la inseguridad en un conjunto de individuos mucho más amplio que el de las víctimas atacadas a fin de debilitar a la comunidad, sumiéndola en una sensación de impotencia y vulnerabilidad que facilitará el logro de sus demandas. Esta *dominación tímérica* constituye el objetivo material del terrorismo que emplea al miedo como un *recurso inductor* ordenado a un fin ulterior. b) Realizar una demostración de fuerza que sirva, simultáneamente, a dos propósitos: en primer término, poner de manifiesto la propia capacidad de la organización para causar daños; en segundo lugar, evidenciar la vulnerabilidad y la incapacidad del sistema atacado para protegerse o reaccionar frente al ataque. En otras palabras, el terrorismo usa a la violencia como un instrumento que define la superioridad cualitativa de los atacantes sobre sus víctimas. c) Provocar reacciones desmesuradas o excesivas en el agredido a fin de deslegitimar su respuesta o generar sentimientos de animadversión hacia él. Dicho de otro modo, hacer que la víctima recurra - a su vez - a la violencia extrema para invertir el juego de la agresión, induciendo a los espectadores a que se solidaricen con la posición de los terroristas. d) Producir un impacto psicológico y emocional que fisure, debilite o desestructure las redes de contención social y ponga en tela de juicio las capacidades morales y materiales del agredido. e) Potenciar el estupor de los espectadores y captar la mayor atención posible de parte de los medios de comunicación social a fin de lograr que la difusión de sus actos sea amplia y duradera. Para ello, los terroristas se esfuerzan por desarrollar su capacidad de innovación a fin de concebir y planificar atentados cada vez más impresionantes. Finalmente, tomaremos la definición de Rafael Calduch, para quien el terrorismo es:

“Una estrategia de relación basada en el uso de la violencia y de las amenazas de violencia por un grupo organizado, con objeto de inducir un sentimiento de terror o inseguridad extrema en una colectividad humana no beligerante y facilitar así el logro de sus demandas.”

(Calduch Cervera, Rafael. 1991: 327)

II. 3 La síntesis de las diferencias.

Como ya hemos mencionado, muchas de las confusiones generadas entre la estrategia de guerrillas y el terrorismo, han partido de los propios analistas. En numerosos trabajos se ha concluido que, si Lenin no era terrorista, Mao sí lo fue, al menos en las primeras etapas de su revolución rural. Este punto de vista no es correcto pues los combatientes que acompañaban a Mao aumentaron o disminuyeron, pero el carácter del ejército fue determinado por su constitución, su finalidad y su forma de organización. Efectivamente, desde sus inicios, este ejército estuvo compuesto por tropas estables y apoyadas por fuerzas guerrilleras, según Mao: el brazo izquierdo y el brazo derecho de un hombre. Ambos brazos estaban subordinados al control de la cabeza - el partido - que utilizaba la violencia organizada, no para descubrir las intenciones de las masas o para despertarlas, sino para movilizar las energías de quienes ya se habían liberado de las tradiciones, gracias al colapso del viejo orden social de China.

En definitiva, aunque guerrillas y terrorismo, poseen elementos similares, no pueden ser equiparados pues existen - entre ambos - un cúmulo de diferencias esenciales, las cuales pueden sintetizarse en el siguiente esquema:

1) Mientras normalmente las guerrillas llevan a cabo sus operaciones en zonas rurales y emplean unidades que - gradualmente - tienden a transformarse en compañías, batallones, regimientos e incluso divisiones, el terrorismo actúa en las ciudades, con grupos muy reducidos, de algunos cientos de individuos como mucho. 2) Mientras la guerrilla procura desarrollar simultáneamente, acciones militares y reformas político-sociales en las “zonas liberadas”, hace propaganda de manera abierta y extiende todo lo posible su red organizativa, el terrorismo sólo actúa a través de atentados planificados y - en el mejor de los casos - logra obtener algunas concesiones del poder político que refuerzan su posición. En cuanto a la

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

publicidad de sus actos sí es muy activa y utiliza todos los medios a su disposición para difundir sus acciones y aumentar la adhesión popular a su causa. 3) Desde el punto de vista táctico, la guerrilla se basa en el uso de emboscadas y escaramuzas a pequeña escala - rasgo típico de la guerra irregular - que no exponen a sus fuerzas a fáciles derrotas. El terrorismo en cambio, emplea tácticas más favorables al contexto urbano - atentados, explosiones, secuestros, etc. - y, por supuesto, jamás se enfrenta a las fuerzas enemigas. 4) En cuanto a la utilización del terror, la guerrilla llega a emplearlo pero su aplicación está delimitada en sus planificaciones tácticas. Para el terrorismo en cambio, el terror constituye su quintaesencia y - más que un arma - constituye su núcleo filosófico y operativo. 5) Si bien las guerrillas están capacitadas para combatir con pocos miembros e incluso con armamento inadecuado, pueden luchar acatando algunas convenciones de la guerra: tomando e intercambiando prisioneros y respetando los derechos de los no combatientes. Los terroristas en cambio, no ponen límites a los medios empleados; con frecuencia recurren al asesinato indiscriminado, al terror general e incluso a la matanza de extranjeros, que nada tienen que ver en el conflicto. 6) Con respecto a los actores, un grupo guerrillero no puede equipararse a un grupo terrorista. Aunque de manera irregular, los guerrilleros combaten y enfrentan militarmente a sus adversarios; poseen tácticas ofensivas y defensivas y, si bien aplican el terror, lo hacen de manera limitada. Los terroristas están organizados en células operativas que nunca combatirán y lo que se denominan tácticas, son en realidad distintos métodos para llevar a cabo sus atentados. Finalmente, el terror es para ellos el alfa y el omega de su planificación estratégica

“Mientras la acción guerrillera procura ocupar el espacio, el terrorismo se esfuerza por ocupar la mente. La guerrilla es un fenómeno que tiende a establecerse en áreas rurales de difícil acceso, el terrorismo político se practica primordialmente en zonas modernizadas -ciudades o áreas metropolitanas densamente pobladas- que facilitan el anonimato, la movilidad, los blancos y la audiencia inmediata. (Reinares Nestares, Fernando. 1993: 27)

III. La guerrilla en Latinoamérica. La doctrina guevarista.

Ernesto Guevara es hoy una figura emblemática de los años 60. Médico rosarino de una familia de clase media alta, se unió al movimiento revolucionario creado por Fidel Castro en Cuba y desempeñó un papel fundamental en el movimiento que derrocó a Fulgencio Batista y tomó el poder en La Habana en 1959. En efecto, Guevara fue uno de los líderes máximos de las guerrillas cubanas en Sierra Maestra; marxista-leninista convencido, tuvo una actuación política destacada en el nuevo gobierno cubano pero pronto abandonó su cargo para *continuar la lucha allí donde fuese necesaria*. En la actualidad, es una de las figuras más representativas de los movimientos de la izquierda latinoamericana; puede ser considerado el paradigma del guerrillero revolucionario y el icono de buena parte de la juventud de su época y de muchos otros jóvenes de generaciones posteriores. Ernesto Guevara murió en Bolivia en 1967. En este caso, el análisis de sus ideas resulta significativo pues fue su doctrina y sus acciones las que trazaron un modelo a seguir para el resto de los movimientos subversivos latinoamericanos. En este sentido, no es exagerado afirmar que la organización revolucionaria de la región se ajustó el paradigma a lucha guevarista, lo cual nos permite inferir que sus experiencias, sus observaciones y sus lineamientos fueron seguidos por muchos movimientos subversivos regionales: entre ellos las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

III. 1. La guerra de guerrillas.

“Audacia, audacia y más audacia”. Según Guevara, esta máxima de Georges Danton era la clave de los movimientos revolucionarios.

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

En su obra “*La guerra de guerrillas*”, Ernesto Guevara plantea que una de las contribuciones más importantes de la revolución cubana fue la demostración de tres principios fundamentales: a) *Las fuerzas populares* pueden ganar una guerra contra el ejército. b) No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede desarrollar condiciones subjetivas sobre la base de condiciones objetivas dadas. c) En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo. (Guevara, Ernesto. 2006)

A partir de estas premisas, Guevara define y caracteriza a la lucha de guerrillas como una guerra en estado embrionario; como un proyecto cuyas posibilidades de crecimiento deben potenciarse hasta poder conducir a sus combatientes a una verdadera contienda. Así entendida, dicha estrategia se funda en conceptos sencillos pero contundentes: *Muerde y huye; espera, acecha, vuelve a morder y a huir y así sucesivamente sin dar respiro al enemigo*. Esto, que puede parecer una táctica negativa o de retirada, es absolutamente consecuente con la estrategia general de la guerra de guerrillas que, como núcleo armado, es una vanguardia combatiente cuya gran fuerza radica en el apoyo de la masa de población. En efecto, la guerra de guerrillas es una fase primaria, una etapa de la guerra que se irá desarrollando hasta que el Ejército Guerrillero - en crecimiento constante - adquiera las características de un ejército regular. En ese momento, estará listo para aplicar golpes definitivos al enemigo y acreditarse la victoria. Dicho de otra manera, el triunfo será obtenido por un ejército regular, aunque sus orígenes sean el de un ejército guerrillero; un ejército que debe tener un profundo conocimiento del terreno y una cabal apreciación de la táctica a emplear. Un ejército que debe ser homogéneo y valiente y que debe respetar a su jefe.

Esa es la base, la esencia de la lucha guerrillera: el milagro por el cual un pequeño núcleo de hombres - vanguardia armada del gran núcleo popular que los apoya - va decididamente a lograr un ideal, a establecer una sociedad nueva, a romper los viejos moldes de la antigua, a lograr - en definitiva - la justicia social por la que lucha. (Ibidem)

En cuanto al ataque, éste es sensiblemente diferente al de la guerra convencional: se inicia de manera sorpresiva, furibunda, implacable. Sin embargo, puede interrumpirse de manera abrupta para confundir al enemigo, para que se distienda y baje la guardia. En ese momento, la guerrilla debe volver a atacarlo desde otra posición. En definitiva, lo fundamental en esta lucha es la sorpresa y la rapidez.

Así se llegará al ataque propiamente dicho, al cerco de las plazas, a la derrota de sus refuerzos, a la acción cada vez más enardecida de las masas en todo el territorio nacional y al objetivo final de la guerra: la victoria. (Ibidem)

¿Cuáles son las claves del triunfo guerrillero? Según Guevara, la lucha guerrillera depende de una condición fundamental: la primera obligación del guerrillero es no dejarse destruir. Para ello es necesario conocer perfectamente el terreno y contar con la absoluta cooperación del pueblo. En este sentido, una de sus afirmaciones más contundentes sostiene que el guerrillero no debe dar ninguna batalla que no pueda ganar. Esto exige atender especialmente a su armamento y a la manera de emplearlo; al armamento, a los movimientos del enemigo y a los pasos y procedimientos que se seguirán durante la lucha. Cuando esto haya podido ser controlado, deberá hacer lo posible para proceder a debilitar gradualmente a su adversario. Esto se realizará mediante *el hostigamiento y el “golpeteo”* constante: interrumpiendo su descanso, generándole sensaciones de temor y de inseguridad y atacando sus aprovisionamientos. De hecho, los actos de sabotaje son una *medida revolucionaria de guerra bastante eficaz*. El terrorismo, en cambio, es una *medida bastante ineficaz porque sus consecuencias son indiscriminadas*. Con respecto a este tema, Guevara aclara que las acciones de terror (muerte, secuestro, destrucción) pueden ser útiles pero sólo cuando se emplean para ajusticiar a *algún connotado dirigente de las fuerzas opresoras*; nunca para eliminar a personas comunes - *de poca calidad* - porque dichos actos suelen acarrear *desbordes en la represión*, los cuales producen una gran secuela de muertes. En efecto, para Guevara el terror constituía una táctica valiosa que debía ser usada esporádicamente.³ Su papel es limitado y secundario en la guerra revolucionaria y debe usarse con un criterio selectivo y mesurado si no se quiere que resulte contraproducente. En palabras del Ché: para que la guerra revolucionaria tenga éxito, es necesario el

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

compromiso y la cooperación del pueblo; esto no se logrará si la gente sufre los efectos de una campaña de terror. (Ibidem)

III. 2. El guerrillero.

¿Por qué lucha el guerrillero? El guerrillero es - ante todo - un revolucionario agrario que interpreta los deseos y necesidades de la gran masa campesina. De hecho, Guevara lo define como *un reformador social que empuña las armas encarnando la protesta del pueblo contra sus opresores. Un reformador que lucha por cambiar el régimen social; que lucha por romper - con todo el vigor que las circunstancias permitan - los moldes de una institucionalidad opresiva.*

En primer término, señala que este soldado-guerrillero debe ser, preferentemente, un poblador de la zona; un entusiasta defensor de lo suyo; un hombre dispuesto a luchar para cambiar el régimen social que *atenta contra su mundo*. Desde esta perspectiva, lo identifica como un *elemento conciente de la vanguardia popular* y su bandera fundamental es la reforma agraria. En cuanto a su imagen, el guerrillero debe ser un hombre excepcional: su conducta moral debe ser intachable y la austeridad y el auto-control deben impedirle cualquier exceso: el guerrillero debe ser un asceta. Debe ayudar y acompañar a los campesinos; debe representar la causa del pueblo, debe convertirse en un referente de la justicia, la fraternidad y la generosidad. Así, arriesgará su vida todas las veces que sea necesario, pero al mismo tiempo, será precavido y no se expondrá inútilmente. Debe ser audaz, inteligente, debe analizar correctamente los riesgos y las capacidades. Optimista frente a las circunstancias adversas, debe tener un alto grado de adaptabilidad que le permita identificarse con su medio. Nunca dejará a un compañero herido a merced de los enemigos: el soldado-guerrillero debe ser un extraordinario compañero. Al mismo tiempo, será callado, no se permitirá una sola palabra de más, ni aún con sus camaradas de lucha. En cuanto a lo físico, es ideal que sea joven y saludable; infatigable y sufrido hasta un grado extremo.

El guerrillero - como reformador social - no sólo debe constituir un ejemplo en cuanto a su vida, sino que también debe orientar constantemente en las cuestiones ideológicas porque el espíritu revolucionario debe ser lo que impulsa su vida y comprende la justicia y la necesidad vital de una serie de cambios cuya importancia teórica conocía antes pero cuya urgencia práctica estaba escondida. El guerrillero no es un hombre que tenga la espalda curvada sobre el surco, sino un hombre que comprende la necesidad de los cambios en cuanto al trato social. Así del producto de la interacción del guerrillero con su pueblo, surge la radicalización progresiva que va acentuando los caracteres revolucionarios del movimiento y le van dando una amplitud nacional.” (Ibidem)

Más adelante, afirma:

Este soldado-guerrillero es un combatiente nocturno que tiene todas las cualidades de la nocturnidad: debe ser solapado para caer sobre el enemigo aprovechando el factor sorpresa. Debe estar dispuesto a luchar implacablemente, sin admitir las debilidades de sus compañeros. Debe caer como una tromba, destruyéndolo todo; ajusticiando a quien haya que ajusticiar, sembrando el pánico entre los enemigos, pero, al mismo tiempo, tratando benévola a los vencidos indefensos y respetando a sus muertos. (Ibidem)

III. 3. Las FARC: nacimiento y evolución de la organización en el marco del conflicto colombiano.

La violencia política se desarrolló tempranamente en Latinoamérica. De hecho, su incidencia en el continente desencadenó verdaderas tragedias colectivas y dejó secuelas que - en muchos casos - no han podido ser superadas.

Específicamente en el siglo XX - y tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial - la región se convirtió en uno de los escenarios más importantes de los enfrentamientos que se entablaron durante la Guerra Fría. Así, y sobre todo desde 1959, cuando la revolución instaló en Cuba un sistema marxista-

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

leninista - asociado al bloque soviético - el continente fue sacudido por duros y variados enfrentamientos: de un lado las fuerzas liberales y capitalistas representadas por los EEUU; del otro, las del socialismo y la economía planificada, encarnadas en el modelo de Fidel Castro. En efecto - desde los años 60 - golpes y dictaduras militares y movimientos subversivos y revolucionarios, se disputaron - a sangre y fuego - el espacio latinoamericano. Los primeros, apoyados por la doctrina de la seguridad nacional y la Escuela para las Américas; los segundos por los principios del leninismo y de la guerra revolucionaria y sostenidos por los “apoyos cubanos”, se enfrentaron en innumerables conflictos que ensangrentaron a varias generaciones dentro y fuera de los Estados: Argentina, Chile, Uruguay, Venezuela, Nicaragua, El Salvador y tantos otros, sufrieron esta violencia fratricida que - muchas veces - los sumió en el caos y les produjo heridas que aún no han cicatrizado.

El caso de Colombia resulta paradigmático. Durante todo el siglo XX, los problemas sociales y políticos, representados en las reyertas entre los dos grandes partidos, el liberal y el conservador, tuvieron un punto de inflexión en el “*Bogotazo*”; un levantamiento popular que - ocurrido en 1948 por el asesinato del líder socialista Jorge Gaitán - desencadenó una ola de violencia que asoló las ciudades y se extendió a las áreas rurales, constándole la vida a más de 200.000 colombianos. Este proceso, conocido como *La Violencia*, generó que, tanto liberales como conservadores, buscaran establecer el control territorial en el país y - a raíz de que no hubo un vencedor - el país cayó en una verdadera situación de anomia en la que las masacres, los abusos y las violaciones fueron cometidos por todas las partes involucradas; incluido el Estado. Una anomia a la que Thomas Fischer ha identificado como una “*guerra civil solapada*”. En este contexto, surgieron grupos de autodefensa en la región cafetera que iniciaron demandas por la distribución de la tierra. Así nació - en 1964 - el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y al año siguiente, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia; una organización marxista que instauró un régimen de extorsión y amenazas contra los grandes propietarios. Desde su nacimiento, las FARC recibieron el apoyo del partido Comunista y su objetivo político más importante fue alcanzar el poder.

Dicha organización tenía una estructura jerárquica y seguía las pautas de la estrategia de la guerra de guerrillas: sus miembros se dividían en pequeñas unidades (llamadas frentes), poseían gran flexibilidad operativa, se refugiaban en la selva y, aunque eludían el combate directo, buscaban controlar porciones de territorio y de población. Desde mediados de los años 60, el ejército nacional implementó diversas operaciones para controlar a la guerrilla; sin embargo, y debido a sus escasos éxitos, apoyó las actividades de los grupos paramilitares que surgieron en las áreas rurales, proporcionándoles instrucción, armamento y logística. Desde los años 70, el conflicto armado entre la guerrilla y los para-militares por el control territorial, se agravó a raíz de las presiones económicas procedentes de los latifundistas y los cartels del narcotráfico. En este marco, la población vivió aterrorizada a raíz de las matanzas y los secuestros, lo cual determinó fuertes desplazamientos a las ciudades donde los civiles buscaban sentirse más seguros.

“La militarización del conflicto en las zonas periféricas, junto con la problemática surgida a partir de la concentración del suelo, desencadenó un continuo flujo de migración, a las ciudades, lo cual incrementó la pobreza y la marginalidad en las grandes aglomeraciones urbanas”.

(Waldmann, Peter y Reinares, Fernando. 1999: 268)

Según Fischer, durante esta época, buena parte de los asesinatos y de las desapariciones forzadas, fueron responsabilidad del ejército y de los para-militares y es por ello que existe una alta correlación entre conflicto armado rural y el desplazamiento poblacional. Por su parte, la guerrilla incrementó la violencia y fue la responsable de aproximadamente el 40 % de los secuestros en Colombia; secuestros extorsivos que se realizaron para obtener fondos de financiamiento. Por su parte, los paramilitares, realizaron diversas operaciones de *limpieza social*; masacres perpetradas por escuadrones especializados que eliminaban a sectores e individuos *indeseables*. A esto habría que agregar las acciones de los *sicarios* quienes ofrecían sus servicios para llevar a cabo cualquier asesinato. Se trata de delincuentes comunes que mataban por encargo y a cambio de una retribución.

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

En Colombia, la violencia comprable creció en una enorme proporción y se afincó principalmente en las metrópolis de la droga como Medellín y Cali .(Ibidem)

Hacia los años 80, las FARC ampliaron su radio de acción e intentaron controlar las áreas urbanas. Esto incrementó sustancialmente los secuestros y marcó un punto de inflexión en su trayectoria: en primer lugar, era claro que las fuerzas armadas nacionales eran impotentes para frenar su expansión. En segundo término, era indudable que este fortalecimiento de los insurgentes estaba estrechamente asociado a la *espectacular mejora de sus ingresos*; una mejora que se consolidó durante los 90, a partir de su inserción en la economía ilegal. En efecto, desde fines de la *década perdida*, la organización se vinculó directamente a los cartels del narcotráfico, de quienes obtuvo réditos económicos sumamente sustanciosos. Desde entonces y hasta la actualidad, estos ingresos constituyen los recursos principales - a los que hay que sumar los ingresos que les proporcionan los secuestros extorsivos y los *impuestos revolucionarios o boleteos* - para financiar sus operaciones.

Las consecuencias de este cambio son variadas. La más importante ha sido la transformación de la organización. Nos referimos concretamente a un debilitamiento interno que está vinculado a la pérdida de sus convicciones originarias; al alejamiento de las metas y objetivos que inspiraron su formación; al desgaste de sus métodos, sus códigos y sus líderes. Esta alienación de la élite -como diría Richard Rubenstein - se ha patentizado en el aislamiento - tan gradual como constante - de la guerrilla con la sociedad; un aislamiento que ha desprestigiado a sus métodos, a sus objetivos y a sus líderes frente a la gran mayoría del cuerpo social.

“En definitiva, tanto las FARC como el ELN se han convertido en grandes empresas con miles de empleados pagados que se han enriquecido con las rentas de la economía nacional, tanto legal como ilegal, sin haber aportado nada a la modernización del país...En este sentido, está claro que los comandantes guerrilleros no tienen ninguna alternativa viable; persiguen fines políticos poco realistas y encienden, aún más, la espiral de violencia que azota al país. Es un hecho que hoy, la guerrilla, se ha distanciado demasiado de aquellas cosas que movilizan e interesan a la mayor parte de la población.” (Ibidem)

Esta circunstancia, se ha combinado con otro factor de suma trascendencia. El gobierno de Alvaro Uribe ha retomado la vía militar para enfrentar la dudosa fortaleza de las FARC. Con la ayuda - técnica y económica - de otros Estados, ha desarrollado operaciones especiales de localización y ataque, de dispersión y captura y de recuperación de rehenes sumamente exitosas. Si bien puede considerarse imprevista la desaparición del mítico líder Manuel Marulanda, el ataque al campamento de las FARC en territorio ecuatoriano donde murió Raúl Reyes, no fue casual. Tampoco lo fue el ajusticiamiento - a manos de su propia gente - del comandante Ríos y - mucho menos - el rescate de Ingrid Betancout, materializada a través de la *Operación Jaque*.

Es indudable que las FARC han sufrido un profundo debilitamiento; un debilitamiento interno que se trasluce en sus dificultades de comunicación, en el deterioro de su disciplina interna y en su discapacidad para proteger su seguridad. De hecho, esta seguridad ha podido ser gravemente vulnerada a través de un delicado trabajo de inteligencia que incluye la infiltración de elementos de las fuerzas armadas en la propia cúpula de la organización.

IV. La desnaturalización de las FARC: de la violencia política a la criminalidad organizada.

La violencia varía de un período a otro, tanto en sus formas concretas como en sus representaciones las que - en cada etapa histórica - diseñan un repertorio absolutamente específico. Esta idea, un tanto elemental, encuentra su expresión más acabada en el hecho de que es posible integrar en un mismo razonamiento a la violencia ejercida en una circunstancia determinada, con las características generales del contexto en el que ella ha tenido lugar. Desde esta perspectiva, sería legítimo afirmar que, en nuestro tiempo, la violencia se ha encuadrado en un *nuevo paradigma*; un paradigma cuya conceptualización

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

toma en cuenta sus manifestaciones tangibles, sus actores, sus modalidades, sus discursos, las políticas a las que confronta e incluso, las perspectivas de las Ciencias Sociales. En otras palabras, las condiciones de nuestro mundo nos inducen a pensar que debemos pensar a la violencia con la ayuda de un nuevo instrumental teórico que permita interpretarla de una manera más eficaz. Esta renovación de las categorías de análisis debe atender - en primer término - las profundas modificaciones que hacen inadecuadas, insuficientes o secundarias a las categorías tradicionales pues, los cambios de escenario son sumamente contundentes.

Los años 60 son nuestro punto de partida pues fue entonces cuando la Guerra Fría creó una dicotomía primordial, a partir de la cual todo tendió a dividirse y a expresarse en términos maniqueos. En este contexto, numerosos movimientos políticos, sociales y contra-culturales se abrieron camino a través de las fuerzas del terrorismo, las guerrillas y las guerras irregulares; movimientos que llenos de idealismo y equivocados o no, esperaban cambiar el mundo, re-fundar las naciones y transformar al Hombre. Hoy, todo aquello ha caducado y hemos entrado en otro período que está produciendo una serie de transformaciones en la concepción y en las prácticas de la violencia.

En estos 43 años, las FARC - que formaban parte de esos movimientos de cambio político y social - han sufrido un proceso de corrupción interna que las ha *conducido al borde del abismo*. Un proceso de alteración que ha terminado desvirtuando sus ideas originales, transfigurando su esencia primigenia, vaciando de contenido sus principios y despojándolas de toda ética. Dicho trastocamiento ha llegado al límite cuando se enajenaron a los intereses de un sector tan nefasto y espurio como el de los narcotraficantes. En efecto, esta corrupción interna ha viciado y ha corroído su naturaleza hasta eliminarlas de la categoría de actores políticos.

En la actualidad, las FARC no son ni terroristas ni guerrilleros pues - aunque empleen sus métodos - no pueden ser comparados con activistas que se identifican con una causa política y que recurren a la violencia para arribar a sus objetivos. Ni guerrilleros ni terroristas actúan impulsados por el afán de lucro o de ganancias materiales pues, la *“venta de servicios de armas”* les es absolutamente ajena. Esto no significa justificar a quienes practican la violencia política; sin embargo, está claro que es necesario reconocer que sus acciones se fundan en un determinado corpus ideológico y sus actos están encaminados a tratar de transformar un determinado modelo de sociedad.

A estas alturas, las FARC son - lisa y llanamente - una organización criminal que secuestra, mata y destruye buscando un rédito particular: un rédito económico o territorial que ha perdido toda relación con la defensa de sus antiguas banderas e ideales.

A modo de conclusión: la *Violencia Infrapolítica*.

En este sentido, Michel Wieviorka sostiene que las significaciones que ayer tenían las acciones de violencia política para ciertas organizaciones, se han ido modificando a través de estas últimas décadas. Dicha modificación ha generado - cada vez más - un distanciamiento de su conexión con la esfera pública, dando por resultado la gestación de una *violencia infrapolítica*. En otras palabras, muchas organizaciones han retrocedido a prácticas de tipo pre-político que atenta contra una serie de factores estables; incluso contra la fortaleza y la homogeneidad de la propia organización. (Wieviorka, Michel, 2006: 57)

En efecto, desde los años 80, la progresión sistemática de la privatización de la economía, ha sido un gran estímulo para consolidar la privatización de la violencia, cuyo carácter - eventualmente político - se atenuó de manera considerable. Esto produjo un efecto casi inmediato: sus protagonistas se interesaron cada vez menos por el poder del Estado o por desarrollar un sistema político acorde a sus ideas y paulatina pero irreversiblemente, se abocaron a actividades que les redituaran beneficios económicos: el tráfico de drogas o de personas, los secuestros y los robos.

Según el autor, el cuadro de estas actividades es hoy impresionante. Las antiguas guerrillas han evolucionado hacia nuevas funciones, entre las que se destaca la de *gestores de territorios*. En esos nuevos espacios de poder, se asocian a los narcotraficantes, se apropian de los recursos y las poblaciones o se convierten en traficantes de bienes y personas sin ninguna subordinación al Estado. La consecuencia más nefasta del crecimiento de actores armados colectivos, es que las poblaciones civiles deben subsistir

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

de manera dramática a estas formas de depredación. Este es el caso de muchos grupos devenidos en verdaderas organizaciones mafiosas que - por ejemplo en el ex espacio soviético - recurren sistemáticamente a la fuerza y a las armas para defender y promover sus intereses de lucro. Una *perversión de la privatización de la violencia* se funda - con frecuencia - en la impunidad, en su capacidad amedrentadora y en sus contactos con diversos sectores del poder constituido. Y así, pueden emplear el terror contra cualquiera que se oponga a sus objetivos. Una consecuencia de esta privatización de la violencia y de la actividad económica creciente de actores

“El paso de la violencia política a la criminalidad organizada puede darse en zonas económicamente dinámicas pero también, en áreas devastadas y arruinadas por conflictos, guerras y revoluciones; áreas en las que las guerrillas están practicando, a gran escala, lo que antes hacían de otra manera. Las guerrillas de los años 90 reposan en verdaderos sistemas de economía de intercambio, dentro de las cuales han encontrado una forma de vida. En este sentido, los cambios operados en el contexto internacional con el fin de la Guerra Fría no han creado ex nihilo estos nuevos mecanismos de transformación de conflictos; sin embargo han contribuido ciertamente a generalizar estas prácticas, hasta ahora marginales”.(Ibidem)

Desde nuestra perspectiva, este es claramente el caso de las FARC, las cuales ya no pueden ser incluidas en el espectro de las organizaciones de violencia política.

Como relata Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*:

“Eso era lo último que iba quedando de un pasado cuyo aniquilamiento no se consumaba, porque seguía aniquilándose indefinidamente, consumiéndose dentro de sí mismo, acabándose a cada minuto pero sin acabar de acabarse jamás”.(García Márquez, Gabriel. 1982: 428)

Bibliografía

- Wieviorka, Michel. *La violence*. Paris, Hachette. 2005
- Massuh, Víctor *La libertad y la violencia*. Buenos Aires, Sudamericana, 1984.
- Savater, Fernando. “La violencia política: represión, reformismo, revolución”. En: Reinares Nestares, Fernando y Giner, Salvador. *Terrorismo y sociedad democrática*. Akal, Madrid, 1982. Pp. 27-36
- Braud, Philippe. *El jardín de las delicias democráticas*. México, FCE, 1993.
- Laqueur, Walter. *Terrorismo*. Madrid, Espasa Calpe, 1980.
- Tsun-Tsu. *El arte de la guerra*. Buenos Aires, Andrómeda, 1994.
- Clutterbuck, Richard. *Guerrilleros y Terroristas*. México, FCE, 1981.
- Chatelet, François y Mairet, Gérard. *Historia de las ideologías*. Madrid, Akal, 1989.
- Calduch Cervera, Rafael. *Dinámica de la Sociedad Internacional*. Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces. 1993.
- Wardlaw, Grant. *Terrorismo Político: teoría, táctica y contramedidas*. Madrid, Ediciones del Ejército, 1986.
- Quester, George H. “La eliminación de la oportunidad terrorista”. En: Rapoport, David C. *La moral del terrorismo*. Barcelona, Ariel, 1985.
- Del Campo, Salustiano. “Terrorismo y sociedad democrática”. En: Madrid, Instituto de Cuestiones Internacionales.
- Ebile Nsefum, Joaquín. *El delito del terrorismo: su concepto*. Madrid, Montecorvo, 1985.
- Calduch Cervera, Rafael. *Relaciones Internacionales*. Madrid, Ciencias Sociales. 1991.
- Reinares Nestares, Fernando. *Terrorismo y antiterrorismo*. Barcelona, Paidós, 1998.
- Guevara, Ernesto. *La guerra de guerrillas*. Bogotá, Ocean Sur, 2006
- Waldmann, Peter y Reinares, Fernando. *Sociedades en guerra civil*. Barcelona, Paidós, 1999